

pusieron un dique á la corriente que atravesaba la ciudad, preparando un conducto para hacerla llegar hasta el jardín, y á la hora en que el rey solía dormir á la fresca sombra de los árboles alsaron el dique, y los jardines se anegaron. El negro intento quedó frustrado, porque habiendo tenido el emperador noticia anticipada, de lo que tramaban en su contra, concurrió al jardín; pero en lugar de entregarse al sueño, se puso á salvo del peligro colocándose en un lugar elevado: cuando vió entrar el agua no pudo tener ya duda de la traición; y queriendo aun disimular, dijo: «Yo estaba bien convencido del amor de mis vasallos y veo que me amaran más de lo que creía: quería aumentar el agua de mis jardines y mis súbditos realizan mis deseos, sin ocasionarme el menor gasto. Esta nueva ventura merece ser celebrada.» Mandó en efecto hacer unas fiestas públicas: y cuando concluyeron se volvió para su corte de Tenayocan, donde sintió su naturaleza, gastada por los años y agobiada por tan amargos desengaños. Aquel abatimiento en que entró su alma, le ocasionó luego una enfermedad que le hizo presentir próxima la hora de su muerte; y llamando á su presencia á su hijo Nopaltzin y á Acolhua su yerno, los amonestó en un grave y tierno razonamiento, como son los que se emplean en aquella hora solemne, para que vivieran en paz entre sí, cuidando de sus pueblos y buscando siempre la dicha en hacer el bien que fuera posible.

El cuidado que tuvo de sus súbditos y su grande prevision, de donde le habia sido aplicado el nombre de Xolotl que significa ojo, no fueron desmentidos hasta sus últimos momentos: y murió en medio del llanto y el profundo desconsuelo de un pueblo á quien siempre sirvió de padre y dejaba constituido en una grande y poderosa monarquía. Sus restos mortales estuvieron espuestos por muchos días en una de las salas de palacio,

á donde concurrían los vasallos que de todas partes venían á pagar á su soberano el último homenaje de respeto. Clevigero cree: que el cadáver, adornado con muchas joyas de oro y plata, estuvo sentado por cinco días, en una silla de goma de copal y algunas otras substancias aromáticas: y que cuando llegó toda la nobleza y los magnates de la monarquía, que fueron convocados para las exéquias, el cuerpo del grande emperador fué quemado en la misma silla en que se hallaba, segun la costumbre de los chichimecas; y sus cenizas depositadas en una urna, que despues de ser regada por cuarenta días con las lágrimas de la nobleza, fué trasportada á una gruta inmediata á la ciudad, en medio de las mismas demostraciones de dolor. (1)

### CAPÍTULO XIII.

#### Reinados de Nopaltzin y Tloltzin.

¡Cuán instable es la gloria vana del mundo! ¡Ni quien es capaz de penetrar en los profundos misterios é inesplicables arcanos de que se halla rodeada la incomprendible marcha de la humanidad! Un monarca grande, coronado de la gloria que prestan las mundanales vanidades, sentado en un trono de falsa claridad que instantáneamente se apaga como la luz que se desprende de los fuegos fátuos, es reducido á la nada por la muerte; y al bajar á la tumba, se eclipsa aquel brillo que lo circundaba. En la negra sombra de la existencia que se des-

1 Sobre la materia de este capítulo consúltese á Veytia hist. antig. tom. 2º cap. 7º, 8º y 9º. Torquemada monarq. tom. 1º lib. 3º cap. 17 y tom. 2º lib. 77 cap. 29. Camargo hist. de Tlax. 1º pág. 361. Olavigero tom. 1º pág. 90 á 92.

vanece, se confunden los laureles ya marchitos de sus proezas, el rayo poderoso de su soberanía, la fecundante acción de su palabra, y con aquellas cenizas frías é inanimadas, bajan á esconderse al lugar pavoroso de la muerte, para ponerse al abrigo de las circunstancias de la vida. Ante este trono ocupado poco há con una efímera y pasajera grandeza, se abre un sepulcro, en cuyo fondo al través de los negros crespones, aparece la realidad á su presencia, enmudece la voz de la lisonja para dar lugar á un prolongado llanto, por una esperanza que hulló. Y, ¡triste tributo de la miseria humana! cuando se hubo apurado la copa del dolor y fueron agotadas las lágrimas en el exceso con que se regó una tumba, aquel inmenso duelo se torna en fiestas de regocijo: y apartando la vista de la realidad en que se resuelven todas las ilusiones, se vuelve á colocar en el ídolo de la vanidad, quemándose ante él los nuevos inciensos de la adulación y haciéndose oír los armoniosos sonidos del halago, que rara vez salen de un corazón sincero, porque la mentira es el ingrato patrimonio de la humanidad desgraciada.

Así, cuando el grande emperador Xolotl, de la fecunda silla de donde surgieron tantos monarcas y poderosos señoríos, bajó á la tumba, una abundante corriente de ardorosas lágrimas, se venía á apagar ante el frío aterrador de la muerte; pero apenas el numeroso concurso de sus vasallos devolvió á las entrañas de la tierra los restos de aquel meteoro que se apagó, cuando los honores funerales se cambiaron en alegres demostraciones, para saludar al príncipe Nopaltzin con el reconocimiento de soberano, proclamándolo con el pomposo dictado, de Gran Chichimecatl Tecuhtli, dignidad suprema de la órden que solo correspondía al jefe de todos aquellos desahuciables señoríos.

Al despedirse los nobles del nuevo monarca, para vol-

ver á sus estados, se hace poner en boca de uno de ellos las siguientes palabras. «Gran rey y Señor, nosotros como súbditos y siervos vuestros, vamos en obediencia de vuestras órdenes á regir los pueblos que se han puesto á nuestro cuidado. Al separarnos de vuestra presencia, llevamos el placer de haberos visto en el trono de que sois tan digno por vuestra virtud, como por vuestro nacimiento. Es muy grande la dicha que disfrutamos en servir á un señor tan poderoso, y os rogamos nos mireis con ojos de verdadero padre, protegiéndonos con vuestro poder á fin de vivir seguros á vuestra sombra. Vos, sois agua restauradora y fuego devorador, en vuestras manos teneis así nuestra vida como nuestra muerte.» (1)

Cuando ya el rey quedó libre del bullicio de las fiestas, que se habían prolongado por cuarenta días, para celebrar su exaltación al trono, y desembarazado de los aplausos con que lo agobió la nobleza, se dedicó al arreglo de los negocios públicos; siguiendo las huellas de su ilustre padre, para mantener la paz en sus estados y la satisfacción de sus súbditos, procurando la recta administración de justicia y el fomento de las artes y ciencias, que aun en la desgracia habían hecho tan estimables á los toltecas.

Para llegar á este fin y abolir los restos de barbarie que les quedaban de su nación chichimeca, empezó á restablecer algunas leyes de la antigua monarquía tolteca; y no bastando la observancia de estas para llenar la exigencia que traía consigo el progreso del tiempo, promulgó otras nuevas, que tuvieron por principal objeto, echar las raíces de la propiedad, base de toda sociedad que pretende avanzar en el camino de la civilización, garantizar la tranquilidad en el hogar doméstico y fo-

1. Clavigero tom. 1.º pag. 19. Veytia tom. 2.º cap. 10.  
ESTUD.-TOM.-1º P. 15.

mentar la industria agrícola para hacer de ella una fuente de su riqueza pública. Para esto mandó respetar como sagrado el derecho á la caza caida en redes agenas ó á la que ya hubiese tirado otro: prohibió bajo pena de muerte alterar los amojonamientos de los cazadores, quemar los campos sin la prévia licencia real en caso de utilidad, y cometer adulterio. Para lograr el aumento de las semillas, estimuló á sus vasallos á labrar la tierra, siendo él el primero que estableció algunas sementeras de maiz, frijol, chile, chia y demas frutos de que disfrutaban los toltecas: mandó que en la corte y las principales ciudades de sus estados, se pusieran por la real hacienda, maestros toltecas que propagasen la enseñanza de lapidaría, platería, tegeduría, pintura y demas artes de que usaban, queriendo se fomentara con particular esmero el conocimiento en la astronomía é historia; fijando premios para los que mas adelantaran en la inteligencia de los geroglíficos y pinturas, descifrando los antiguos y aplicando los nuevos al señalamiento de los sucesos; y para estirpar hasta la raiz de la barbarie que caracterizaba á su nacion, mandó enseñar en las escuelas la lengua tolteca y prohibió que se siguiera viviendo en cuevas, y mandó que todos los lugares se formaran con casas de piedra y lodo como las que construian los toltecas y aun ellos mismos en los centros principales de su poblacion. (2)

Este laudable empeño, de un corazón formado en las oscuras sombras de la barbarie, para llegar á las lucidas regiones de una incógnita civilizacion, grangeaba al nuevo rey el aplauso y estimacion general de todos los ánimos amantes de la paz y del progreso; pero esto mismo le concitaba ódios en los espíritus perversos, que se go-

2 Veytia lug. cit.

zan del atraso y confusion general para buscar en este estado de agitacion su propia comodidad.

Este gérmen de rebelion hizo rápidos adelantos en todos los descontentos que bien pronto presentaron el aspecto de una conmocion amenazante para la corona, y el mismo rey tuvo que ponerse al frente de numerosas tropas para contener aquel mal en una campaña de diez y nueve dias sobre la provincia de Tollantzinco: los insurrectos que eran bien aguerridos y en gran número, causaron fuertes estragos á las tropas reales; pero al fin estas, reforzadas con el ejército del príncipe Tloltzin, obtuvieron la victoria, y los caudillos de la rebelion recibieron con la muerte el ejemplar castigo de su delito.

Para descansar Nopaltzin de las fatigas de la campaña, se volvió á Tezcoco, donde en compañía de su hijo mayor y algunos nobles buscaba el recreo en aquellos jardines construidos por su padre. Dicen que un dia, amargas lágrimas impidieron la conversacion que tenia con su acompañamiento: y esplicando la causa de su afliccion, dijo: «Dos son las causas que me hacen derramar las lágrimas que veis: una, el recuerdo de mi difunto padre, despertando en mi memoria por la vista de este lugar que le servia de recreo; y otra, la comparacion que hago de aquellos tiempos de satisfaccion y los amargos en que vivimos. Cuando mi padre plantó estos jardines, contaba con la fidelidad de sus súbditos, él remuneraba sus servicios con empleos que ellos recibian con agradecimiento; pero hoy se han despertado la ambicion y la discordia. Me aflige verme obligado á tratar como enemigos, á los súbditos que antes y en estos mismos siglos, habia tratado como amigos y hermanos. Tú hijo mio, dirigiéndose á Tloltzin, no apartes de tus ojos la memoria de tu gran abuelo: esfuérzate en seguir el camino de prudencia y justicia que nos trazó; y es-

cada tu corazón con las prendas de que necesitarás después para regir á tus pueblos.» (1)

Sus medidas para procurar el adelanto de sus pueblos, fueron secundadas por Xohualatonac rey de Culhuacan; pero este jefe de los toltecas, murió el año de 1239, sucediéndole en el trono su hijo Calquiyauhtzin; y en el mismo año murió también Acolhuatzin, á quien heredó su hijo Acolhua II en la corona de Azcapozalco.

Durante el reinado de Nopaltzin, se casó su nieto Quinantzin, hijo primogénito de Tloltzin, con Quauhtzihuatzin hija del famoso general Tochintecuhli, primer señor de Huexotla, desde que á sus inmediaciones concluyó en una batalla, la primera sublevación de Yacanex y que en premio recibió el primero, el honor de ser admitido á la orden de los *Tecuhtlis*. En este mismo tiempo se celebró también el casamiento de Epcatzin hijo de Acolhua II con Chichimecazcatzin hermana de Huetzin rey de Coatlichan; y al fin del reinado de Nopaltzin con una hija de este último matrimonio, casó Chalchiuhlatonac hijo de Acamapichtli y nieto del difunto Acolhuatzin.

A los treinta y dos años de reinado, murió Nopaltzin, el primer legislador de la dinastía de los chichimecas acolhuas, siendo sentido de sus vasallos como un príncipe sabio, justo y prudente, que velaba siempre por la felicidad de todo el pueblo, siguiendo en todo las máximas de su padre: su cadáver después de las exequias acostumbradas con las manifestaciones de dolor por parte de la nobleza y del pueblo, fué á descansar al lado de su padre, en la gruta subterránea del palacio principal de Tenayócan.

En el mismo año murió también Huetzin rey de Coatlichan y señor de Tepetlaostoc, habiendo tenido siete

3 Clavigero tom. 1.º pág. 162.

hijos en su matrimonio con la princesa Atotoztli hija de Achitometl: los cinco varones se llamaron Acolmixtli, Quelcholtecpantzin, Tetliouhpequi, Memelxoltzin y Chicomatzin; y las mujeres fueron Coxchintzin y Coaracnac. El primogénito Acolmixtli, sucedió en el trono á Huetzin; el segundo y cuarto, fueron nombrados señores de Tlazcallan y á los otros dos se les dió el señorío de la ciudad de Huexotzinco.

Cuando fué concluida la ceremonia funeral con el cadáver de Nopaltzin, se procedió á la exaltación al trono del príncipe Tlotzin Pochotl, proclamándole gran chichimecatl tecuhtli, practicando por primera vez el ceremonial establecido para estos casos y que después siguieron usando. En una sala del palacio real, se elevaban unas gradas, sobre las cuales se ponían una silla en la que se sentaba el nuevo rey: el primer príncipe del imperio, que en esta vez era Acolhua II rey de Azcapozalco, se acercaba y se le ponía en la cabeza la corona que era un círculo de oro, cubierto con pachxochitl ó pachtli, adornado con un penacho de plumas de águila y otros más chicos formados de las más verdes del papagallo, los cuales se colocaban en los anillos que en derredor tenía el semicírculo de delante: se le sujetaba por detrás con unas cintas encarnadas de piel de venado; y después de saludarlo con el dictado ya dicho de gran chichimecatl tecuhtli, se retiraba haciendo antes al monarca una profunda reverencia. Luego, los otros príncipes le ponían sobre los hombros unas telas muy finas y primorosamente bordadas de varios colores, haciéndole el mismo aludo y reverencias; y volvía luego el primer príncipe á colocarle sobre aquellas ropas, una manta la más fina y labrada de diversos colores en los contornos, llevando al centro el bordado de una calavera, para que entendiera el nuevo rey como en la muerte se debía concluir toda aquella magestad y aparente grandeza: y que trayendo

siempre á la imaginacion la memoria de su efímero poderío, supiera ordenar sus acciones por la humildad que es el fundamento de todas las virtudes, así como es el orgullo la raíz de todos los vicios. (4)

Concluida esta ceremonia, que prueba á qué altura se hallaba entre aquellos bárbaros el culto rendido á la virtud y á la grandeza de su alma, todo el concurso repetia la salutacion y hacia las protestas de obediencia al supremo monarca, el cual con su comitiva salió á un bosque de su palacio para divertirse en la caza, que era su gusto predilecto; donde en medio de las demostraciones de júbilo de todos los señores, se tuvo un banquete, espléndido segun las circunstancias, despues del cual el emperador se retiró á su palacio.

Ocupado ya Tloltzin del gobierno de sus estados, instruido con las sábias y políticas máximas de su ayo Tecpollo Achacuati, señor tolteca del peñon de Xicco, salió á visitar todos sus dominios para imponerse de las necesidades de sus vasallos y aplicarles un oportuno remedio: en esta vez, fué cuando los indios que conservaron la denominacion de chichimecas, huyeron á la vida salvaje de los montes, porque viendo el emperador su repugnancia para abandonar las cuevas que les servian de habitación, renovó las disposiciones anteriores acerca de la construccion de casas, imponiendo graves penas á los desobedientes, disposicion que hizo á muchos separarse de aquella sociedad, para entregarse á los placeres de una bárbara rusticidad.

Procuró tambien el fomento de la agricultura para proveerse de todas las semillas y frutos necesarios al sustento, lo cual tuvo muy buen éxito porque los vasallos en lo general siguieron el ejemplo del príncipe Quinantzin, que hizo cerca de Tezcoco dos grandes cercas:

40 Veytia hist. antig. tom. 2.º cap. 11.

una para proveerla de caza, y otra para cementeras de maiz. Este esmero del príncipe, que seguido por muchos señores, dió tanta abundancia de semillas al imperio fué premiado por el emperador con hacerlo proclamar rey de la ciudad de Tezcoco en la que tuvo el señorío por el Emperador Xolotl, dejándolo sin feudo ni obligacion alguna, cediéndole las rentas y el imperio en aquella ciudad y algunos otros pueblos que se agregaron á este nuevo reino. Esta solemne ceremonia de la coronacion de Quinantzin, fué el año de 1272, haciéndose con la solemnidad que ya queda dicha y siendo el emperador quien colocó la corona en la cabeza de su hijo.

Este mismo año, se fundaron los señoríos de Huexotzinco y Tlaxcallan; para los infantes Tochintzin y Xiuhquetzaltzin, dando al segundo el de Tlaxcalla acompañado de los señores Memexoltzin y Chicomatzin, hijos de Huetzin rey de Coautitlan, y el de Huexotzinco, al primero, acompañado de los otros dos hijos de Huetzin, en quienes quedó el señorío; porque estrañando Tochintzin el bullicio de las ciudades en que habia vivido, se retiró á Huexotla, cuyo señorío heredó mas tarde, por muerte del general Tochintecuhtli, que le habia dado en casamiento á su hija Tomiyauh. Y el infante Nopaltzin, segundo hijo del Emperador, fue acompañado en el gobierno de Tezcoco al nuevo rey Quinantzin el hijo primogénito.

El general Ocotox, que andaba huyendo desde la conjuracion de los jardines de Tezcoco para quitar la vida á los príncipes Nopaltzin y Tloltzin, sabiendo que Quinantzin fué coronado rey de esta ciudad y que la fama pública lo presentaba adornado de singular generosidad, se atrevió á ponerse en su presencia para pedirle perdón de su delito y salir de aquella vida errante en que se habia colocado para huir del merecido castigo. El rey no solo lo acogió con benignidad, sino que en union de

un caballero llamada Yenex, le encargó la guarda de sus bosques; de cuyo empleo fueron depuestos y desterrados, por el abuso de matar ellos la caza para aprovecharse de ella. Cuando se les avisó la orden dada por el rey, en lugar de someterse á ella ó suplicar el perdon, sublevaron mucha gente armada é intentaron apoderarse de la ciudad; pero el rey avisado de este atentado, reunió con prontitud alguna tropa, con la que dió una batalla á los revoltosos, en la cual quedaron derrotados y los dos gefes huyeron para unirse con Yacanex, que siempre combinaba alguna conspiracion.

#### CAPITULO XIV.

##### Establecimiento de los xochimilcas y los mexicanos.

En el reino de Tlotzin, aunque no se indica el año, llegó una cuadrilla del pueblo de un territorio que llamaban Aquilazco á la parte septentrional del imperio y eran restos de la nacion tolteca dispersa despues de la destruccion de su monarquía. El gefe que los conducía, llamado Xochimilco de donde tomó denominacion su tribu, se presentó al Emperador para pedir terreno que poblar y les fué concedido al sur de la ciudad de Tenayocan á las riberas de la laguna de Chalco, donde poblaron su primera ciudad, que en honor de su gefe, la llamaron Xochimilco: despues se estendieron mas, formando otras poblaciones y se hicieron un pueblo considerable, que tomó parte en las guerras de aquellas naciones. Poco despues llegó la nacion mexicana, que por haber sido la que tuvo una posicion tan importante y con

ella tuvo lugar la conquista de los españoles, es necesario hablar de ella desde el viaje de su antigua patria.

Aumentada la poblacion de Huehuetlapallan, aquella ciudad de que hablamos y primera que fundaron á su llegada á este continente, salieron varios grupos de gente y fueron fundando otras ciudades y formando otros pueblos. Uno de estos grupos se estableció en un lugar que denominaban Aztlan situado al Norte del golfo de California, y aquella nacion se llamó azteca.

Habia entre este pueblo una persona que gozaba de gran reputacion, llamado Huitziton. Un dia este respectable personage observaba en las ramas de un árbol á un pajarillo que en su canto imitaba la palabra *Tihui*, que en la lengua mexicana significa *vamos*; y teniendo antes formado el designio de hacer á sus compatriotas abandonar aquel país, halló en esta circunstancia una ocasion oportuna: y llamando á otra persona, llamada Tecpaltzin, la llevó hasta cerca del árbol para hacerle notar el canto de aquel pájaro y le dijo: ¿No entiendes amigo Tecpaltzin, lo que está diciendo esa avecilla? Esa continua repeticion de la voz *tihui tihui*, ¿qué otra cosa significa si no que ya es tiempo de dejar este país y buscar otro? Sin duda algun númen interesado en nuestro bien, nos da este aviso ocultándose en este pequeño animalito. Salgamos pues, y no nos atraigamos la cólera de los dioses con nuestra desobediencia.» Tecpaltzin se conformó con la interpretacion de Huitziton; y siendo esta tambien conforme con sus deseos, emplearon los dos el grande influjo de que gozaban con el pueblo, que fácilmente quedó convencido á emprender la marcha. (1)

Puestos ya todos de acuerdo en la ejecucion de este designio, ordenaron su marcha el año de 1064 de la era

1 Torquemada lib. 2º cap. 1º Veytia tom. 2º cap. 12. Clavigero tom. 1º pag. 104.